

VITTORIO DE SICA

LA PUERTA

*del*

CIELO

MEMORIAS

1901-1952



«**T**ARALLO TARALLINO» es una marcha que mi padre compuso, lista para ser interpretada por la banda municipal de Sora en el caso de que le naciera un niño. El siete de julio de 1901, bajo la ventana de nuestra casa, sonó «Tarallo tarallino»: yo había nacido.

El motivo de la marcha se cumplió, pero no en Regio Calabria, donde mi madre debía haber dado a luz. Embarazada de ocho meses tuvieron que dejar Calabria ya que trasladan a mi padre a Ciociaria, en Sora.

Mamá acogió el traslado de buen grado, pues estaba angustiada porque todas las noches el brigadier Musolino se apostaba ante nuestra casa con la evidente intención de matar a nuestra sirvienta, que había sido testigo en un primer juicio contra él, logrando de este modo que lo imputaran.

La asistenta procuraba no salir y mi madre temía que Musolino subiese las escaleras y forzase nuestra puerta. Los habitantes del barrio estaban a favor de Musolino. Desde todas las ventanas de las casas de alrededor, surgían lámparas de petróleo, velas y lámparas de acetileno para proteger al hombre de una imprevista irrupción de los guardias.

Desde Regio a Nápoles viajamos en barco mi madre, mi abuela, papá y mis dos hermanas. Cuando mi madre llegó a Nápoles, un poco por la emoción de la partida, un poco por la pesadilla del brigadier, un poco por el balanceo del barco —aquella noche hubo una marejada de fuerza siete—, se sintió mal. En un momento, la callejuela delante del puerto fue un acudir de gente que traía sillas y butacas, coñac y agua hirviendo. Fue una carrera de solidaridad materna.

Durante el invierno, de vez en cuando bajaban algunos lobos desde los montes que rodean Sora. María y Elena, mis hermanas, y yo mismo oíamos o nos parecía oír durante la noche los aullidos de los lobos, así que nos acurrucábamos en la cama y nos tapábamos hasta la cabeza con las mantas. Dos años más tarde nació Elmo. Yo iba al jardín de infancia y siempre tenía sabañones en las manos y en los pies. Mi madre nació en Roma y siempre soñaba con que trasladaran a mi padre desde la Banca de Italia de Sora hasta la sede de Roma. Pero solo era un sueño. Al menos consiguió el traslado a Nápoles, aunque no fue fácil encontrar una vivienda digna en el centro de la ciudad.

Nos acomodamos en una calle paralela a Corso Garibaldi que se llamaba Vicolo Martiri d'Otranto. Aquella callejuela estrecha conducía a la prisión de san Francesco. Por la noche, los cuatros escuchábamos los gritos de quien cantaba las noticias a los presos: «¡Ha dicho el abogado que apelará!», «¡Assunta está enferma, está en cama!». En aquella época había cólera en Nápoles.

Asomados al pequeño balcón que daba a aquella callejuela veíamos correr a los hombres con grandes cestas de higos. Las escondían por los guardias y porque estaba prohibido vender higos.

Delante de nuestra casa había un burdel. Yo siempre estaba asomado al pequeño balcón después de comer y todos los días una joven meretriz de la casa de enfrente se asomaba. Teníamos largas conversaciones:

—¿Cómo te llamas?

—Vittorio, ¿y tú?

—Maria. ¿No vas a la escuela?

—No, no quiero.

De repente, mi abuela me cogía del brazo y me metía dentro de casa. Al día siguiente, eludiendo la vigilancia de la abuela Emilia, volvía a asomarme al balcón y llamaba a Maria.

—¿Qué has comido hoy?, —me preguntaba.

Y yo le enumeraba lo que había comido. Pero de nuevo, de un salto entraba en casa arrastrado siempre por mi abuela Emilia.

Mi padre pudo conseguir otro apartamento en el centro de Nápoles. Me alejaron así del pecado y me enviaron a la escuela. Tenía seis años. Al final del segundo trimestre, mi padre fue a hablar con el maestro para preguntarle cómo le iba al alumno De Sica:

—¿Cómo va?

—Va, va, caballero —lo tranquilizó el maestro—. Es el primero de la clase. No exageraría si le dijese que es un genio.

Aquel día hubo fiesta en casa.

Sin poder conseguir aún el traspaso, papá se licenció de la Banca de Italia y aceptó un puesto en el Istituto Nazionale delle Assicurazioni, pero esta vez lo enviaron a la sede de Florencia.

Llegamos nosotros cuatro con papá, mamá y la abuela. Conseguimos alojamiento en una casa en Via del Sole, junto a Santa Maria Novella, también porque la escuela elemental estaba cerca, delante de la estación.

En el tranvía le robaron la cartera a papá. Vino a casa y con lo poco que tenía compró pan y mantequilla. Fue nuestra primera comida florentina. Nos pareció tan delicioso aquel pan que aún lo recuerdo como lo mejor que he comido en mi vida.

—Luego dicen que los ladrones están en Nápoles—  
mascullaba mi padre—, pero los ladrones están en el Norte.

De inmediato me matricularon en el colegio elemental, en segundo curso.

Después del primer trimestre, mi padre fue a hablar con el maestro florentino para pedirle información sobre mí:

—Es un burro —le respondió el maestro—. ¿De qué colegio viene?, no sabe nada. Tiene que aprenderlo todo.

Aquella noche no hubo nada que festejar en casa.

A veces mi abuela me acompañaba a la Piazza de Santa Maria Novella a la hora del recreo. Tenía la intención de hacer un cuadro de la fachada de la iglesia. Me compraron un caballete, lienzo y pinturas.

Tuve que desistir de pintarla porque lo único que conseguí bocetar fue la cruz. Mi abuela, que era florentina y asistía a esos intentos de retratar sobre el lienzo las purísimas líneas de la fachada de la iglesia de Santa Maria Novella sin jamás conseguirlo, me decía: «Vittorio mío, creo que no lo conseguirás».

Así que no me convertí en pintor.